

EL TESTIMONIO DE LA RESURRECCIÓN DE CRISTO EN FORMA DE NARRACIONES HISTÓRICAS

Las descripciones de la Resurrección (R.) en Lc 24 han configurado la versión más usual de la experiencia pascual de los discípulos y han servido de base a la apologética clásica, que las tomó como "pruebas de la realidad" de la R. Por el contrario, la actual exégesis las considera "historias o narraciones" que no proporcionan acceso directo a lo ocurrido. Ante la perplejidad del lego, que se pregunta cómo pueden los evangelios predicar la verdad de la R. con "historias", la ciencia bíblica muestra que precisamente este modo de interpretar el evangelio nos permite entenderlo como testimonio fidedigno de la R.

Die Bezeugung der Auferstehung Christi in Form von Geschichten. Zu Schwierigkeiten und Chancen heutigen Verstehens von Lk 24, 13-53, Geist und Leben, 61 (1988) 172-187

Análisis de lc 24,13-53

Contexto

Todo texto es comprensible sólo en su contexto. En este caso nos encontramos ante una serie de perícopas que forman parte de la sagrada escritura, la cual nos ha sido confiada como "palabra de Dios". No por ello deja de ser obra humana, sometida a condicionamientos históricos y lingüísticos; pero su carácter canónico le confiere una autoridad que reclama una escucha atenta y respetuosa del mensaje comunicado.

Como su autor explicita, el evangelio de Le y los Hechos de los apóstoles forman una sola obra, cuyo propósito es convencer a Teófilo de la absoluta credibilidad de la "buena nueva" sobre Jesús que ya ha recibido. Así pues, Lc 24 no pretende ser una primera información sobre la R. de Jesús, sino un "testimonio" de ésta que visualiza y recoge las tradiciones, cuidadosamente revisadas, de los testigos directos, en orden a la catequesis de los neófitos.

Estructura de conjunto

Lc 24 está articulado en tres secciones. Comparando la narración lucana del sepulcro vacío con su paralelo en Mc 16, 1-8 salta a la vista la estructura propia de la misma: a una breve introducción (1-3) sigue la escena principal (4-7) en la que los dos mensajeros (únicos testigos fidedignos) anuncian a las mujeres desconsoladas el mensaje pascual, y con una pregunta los obligan a reflexionar y acordarse de las palabras del propio Jesús. A continuación (8-11) se relata la reacción de las mujeres, que hacen memoria, vuelven del sepulcro e informan a los discípulos; pero éstos no toman en serio su testimonio. Finalmente (12) se dice que Pedro, a pesar de su vacilación, va a inspeccionar la tumba

y vuelve lleno de asombro. Este último versículo remite al final de las perícopas siguientes (34).

La historia de Emaús (vv. 13-35) posee una estructura similar. Presenta a dos discípulos que huyen de Jerusalén y conversan sobre lo allí sucedido (13s). Se les acerca Jesús, a quien no reconocen (15s) y que con sus preguntas y respuestas les ayuda a entender el increíble mensaje de la R. a la luz de las Escrituras (17-27). El punto culminante de la narración es la comida en Emaús, cuando a los discípulos se les abren los ojos (28-32). Finalmente, los discípulos vuelven a Jerusalén, escuchan allí el mensaje pascual e informan sobre su propia experiencia (33-35).

La narración de la aparición del resucitado la tarde de pascua (vv. 36-53) está construida, a pesar de diferencias notables, de modo semejante. Al principio presenta el miedo y la confusión de los discípulos reunidos, que toman la repentina aparición de Jesús por un fantasma (36s). Jesús intenta despejar sus dudas mostrándoles su corporalidad real; pero esto no les lleva a la fe plena (38-43). Entonces lo intenta mediante sus palabras: a la luz de las Escrituras les explica el misterio de su R. y la necesidad de su misión entre los paganos como testigos de ésta (44-49). La narración acaba con una corta descripción de la ascensión y la vuelta a Jerusalén de los discípulos, que proclaman su fe alabando a Dios en el templo.

La armoniosa construcción de estos tres fragmentos en Lc 24 ya nos indica cuál es el objetivo principal del evangelista: la superación de las objeciones al mensaje pascual y de las posibles dudas en los recién convertidos, mostrándoles que los mismos apóstoles habían recorrido todo un proceso hasta llegar a la fe plena en el resucitado, que se les dio a conocer en el partir el pan y les explicó el sentido de la Escritura.

El estilo narrativo

Al comienzo de la historia de Emaús, el narrador dirige la atención del lector hacia los dos discípulos. No detalla el motivo de su viaje de Jerusalén a Emaús y tan sólo da el nombre de uno de ellos, Cleofás. Únicamente se detiene a precisar el contenido de su conversación. El giro "y sucedió que" marca la entrada de un tercer personaje cuyo nombre (Jesús) es indicado al instante. Los discípulos no lo reconocen porque sus ojos estaban "retenidos" (no porque la figura de Jesús fuera diferente). Asimismo queda remarcado el dato de que Jesús se les acerca mientras discutían entre ellos. El lector, que ya conoce por el relato anterior la R. de Jesús, queda intrigado por el desenlace del encuentro.

Con su pregunta, Jesús da lugar a que los discípulos relaten brevemente la misión de Jesús, cómo fue rechazado, las esperanzas que alentó, ahora decepcionadas, y los sucesos de la mañana de pascua, cuya innegable realidad no parece llevarles a la fe. Tras este relato Jesús, reprochándoles su poca fe, les recuerda que ya los profetas anunciaron el camino del mesías hacia la gloria a través del sufrimiento. En la escena siguiente los discípulos ruegan a Jesús que se quede con ellos. El relato de la cena, introducido por el giro "y sucedió que", se centra en la bendición y reparto del pan, que abre los ojos a los discípulos. Pero al reconocer a Jesús, éste desaparece. El narrador introduce entonces una pregunta histórica ("¿no ardía nuestro corazón?"), con la cual se le abren los ojos al lector: los discípulos ya habían experimentado la cercanía del

resucitado antes de cenar con él. La historia acaba con la apresurada vuelta de los discípulos a Jerusalén (al narrador no le interesa si esto cuadra con las anteriores coordenadas temporales). Todavía de noche, encuentran a los once reunidos, que les anuncian; "¡Es verdad! El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!". Entonces ellos relatan su experiencia en el camino de Emaús.

Esta perícopa parece ser una historia ficticia por los indicios siguientes: 1) Recoge sólo momentos puntuales de un suceso más largo. 2) Los datos del lugar y tiempo son irrelevantes, ambiguos y hasta contradictorios. 3) En cambio sorprende la repetición de ciertos giros y la descripción de los aspectos emotivos. 4) Finalmente, todo el relato se concentra en la comprensión de la R. de Jesús a la luz del A.T. y de la praxis de la nascente iglesia: el partir el pan y la predicación de los Once en Jerusalén. Asimismo abundan elementos retóricos: la disposición dramática capta la atención del lector, que se identifica enseguida con los discípulos de Emaús. De este modo el narrador le mueve a confiar en el testimonio apostólico del mensaje pascual.

La perícopa siguiente (vv. 36-53) presupone el mismo círculo de discípulos, en medio de los cuales se presenta Jesús con el saludo de paz. Pero no se describe cómo aparece ni su aspecto; sólo se indica la impresión de miedo que causa en los discípulos, que lo toman por un espíritu irreal. Por eso Jesús les incita a tocarle y a reconocer, las señales de su pasión (¡no su rostro!). No se especifica si realmente llegaron a tocarle, sino que ante la incredulidad de los discípulos, Jesús pide algo de comer. Tampoco se dice si esta vez creyeron al ver a Jesús comiendo. Entonces el narrador centra el relato en las palabras de Jesús (44-49), que: 1) les recuerda cómo les instruyó sobre la necesidad de que se cumpliera lo anunciado por la Ley, los Profetas y los Salmos; 2) resume las predicciones de la Escritura acerca de su R. y de la conversión de todos los pueblos. 3) instituye a los discípulos como "testigos" y les ordena permanecer en Jerusalén, prometiéndoles el don del Espíritu. En el último fragmento (50-53) el resucitado conduce a los discípulos a Betania (no se especifica cómo ni lo que pasó en el camino), bendice a los discípulos y asciende al cielo. Finalmente se dice que los discípulos adoraron a Jesús y volvieron a Jerusalén con gran gozo a alabar a Dios en el templo. Esta escena, en paralelismo con 1, 5-22, que también transcurre en el templo, concluye el evangelio y enlaza con Hch 1, 1-3.

Como la perícopa de Emaús, también ésta parece ser un relato de ficción: no hay interés por las coordenadas espacio-temporales (es inverosímil que los apóstoles vayan a Betania justo después de la aparición del resucitado, que tiene lugar tras la vuelta de los discípulos de Emaús). En cambio se resaltan las diversas emociones de los discípulos, y es evidente la intención apologética del fragmento en contra de la objeción, según la cual los apóstoles sólo habrían visto un fantasma. Lucas mezcla, pues, el día de pascua con su situación

presente.

De todos estos datos, en conexión con otros relatos (Jn 20,19-29 / Hch 1, 9-11), se deduce que no hay lugar para una especulación sobre la forma de aparición del resucitado. El género literario nos muestra que estos relatos estaban al servicio de la catequesis sobre la pascua: responden a las inquietudes y dudas de los primeros cristianos, explicándoles que los discípulos no eran unos crédulos, que Jesús resucitado

no era una aparición fantasmal y que tanto el testimonio de los apóstoles como su misión en y a partir de Jerusalén están en conexión con el A.T.

La formación de los relatos pascuales y su verdad

Historia de la redacción e historia de la tradición

Investigaciones diversas han mostrado en los últimos años la existencia de una unidad lingüística y teológica en la obra lucana. Un ejemplo de ello es la configuración que da Lucas al relato del sepulcro vacío (comp. con Mc 16, 1-8 y con Mt 27,62 - 28,15). Característico de Lucas es su preferencia por las interrogaciones; el adormecimiento de los discípulos a lo largo del camino; los motivos de la incompreensión de éstos ante la aparición en forma corporal de Jesús; el insistente "era necesario" con el que éste reinterpreta las escrituras y toda la historia de la salvación; la misión de los discípulos, designados como "testigos" y reunidos en torno a Pedro en Jerusalén, a predicar el evangelio a todos los pueblos tras la recepción de la promesa del Espíritu Santo.

El tinte lucano del texto es tan marcado que apenas se pueden apreciar restos de un sustrato previo, escrito u oral. Indicios de éste serían tan sólo los nombres de Emaús y Cleofás, la confesión de fe comunitaria del v. 34 (cf. 1 Co 15, 5) y acaso también el reconocimiento del Señor con ocasión de una comida. Pero no podemos reconstruir esta tradición prelucana, sino sólo inferir que a Lucas le pareció apropiada para consolidar y dar mayor realce a su redacción del evangelio bajo el lema "El Señor ha resucitado realmente".

Indudablemente la redacción definitiva que nos ha llegado contiene trazos que apuntan a tradiciones escritas anteriores.

Los empalmes entre diversas escenas son a veces inverosímiles; a la "demostración" que Jesús hace de su realidad corporal comiendo delante de los discípulos no sigue la descripción de cómo reaccionan éstos, sino las instrucciones del resucitado. Es indiscutible que Lucas ha recogido de los apóstoles la tradición según la cual el resucitado se les apareció con forma real (cf. Jn 20, 25-27), el leimotiv del "según las Escrituras" (cf. 1 Co 15, 4) y el tema del envío de los apóstoles (cf. Ga 1, 16; 1 Co 15, 810). Se discute si el doble relato de la ascensión que presenta Lucas es creación suya o lo recogió de la tradición. En todo caso con esa narración muestra que reconoce la diferencia fundamental que la primitiva iglesia sostenía entre las apariciones pascuales del resucitado y las experiencias posteriores a su ascensión.

Valor histórico de la tradición prelucana y verdad de la redacción de Lucas

Sin lugar a dudas los apóstoles tuvieron experiencias singulares en los días posteriores a la R. de Jesús. Los testimonios más antiguos hablan de una "revelación" (Ga 1,16 / Mt 16,17 / Lc 10,22) o "aparición" (1 Co 15,5-8 / Lc 24,34). Pablo expresa su experiencia de Damasco con términos como "ver" (1 Co 9,1) o "conocer" (Flp 3,8). Estas expresiones no son nuevas: ya se encuentran en el A.T. Pero así como en éste el empleo del término "teofanía" o "revelación" no siempre denota lo mismo, no podemos sin más poner las experiencias de los discípulos al mismo nivel que las de los profetas o videntes del A.T. El contexto nos obliga más bien a interpretar sus expresiones como

testimonios de un conocimiento de Cristo que les ha sido gratuitamente dado, o de un encuentro con el crucificado que vive y actúa de modo nuevo.

Desde la perspectiva de la moderna psicología estas apariciones pueden ser interpretadas como vivencias puramente "subjetivas". Pero este adjetivo no disminuye para nada la realidad de estas experiencias; para quienes las tuvieron eran completamente reales y transformaron por completo su juicio acerca del crucificado. La realidad que las fundamenta no puede ser inferida de los términos "aparición" o "revelación", sino que se "experimenta" en el contexto de la predicación y actuación de sus testigos que apelan, como fundamento de credibilidad de sus afirmaciones, a la concordancia de su experiencia con las de otros testigos y con las Escrituras.

El conocimiento que podamos tener de la R. de Jesús, dada la condición metahistórica y metamundana de su realidad, se diferencia esencialmente no sólo de cualquier saber científico, sino también de experiencias interhumanas que escapan a la objetivación (p. Ej. el amor). Los apóstoles no podían sino recurrir al lenguaje de su época para expresar una experiencia que lo trascendía por completo. Especialmente utilizan el lenguaje del A.T., con sus narraciones de vocaciones proféticas, teofanías antropomórficas y apocalipsis. Pablo presenta en Ga 1,16 su experiencia según el esquema de "vocación profética" y utiliza el término "Hijo" con las connotaciones de Dn 7,13. También el conocimiento prepascual de Jesús, de su doctrina y milagros, de la última cena y de la pasión, influyó decisivamente en la configuración de los relatos pascuales. Indicios de ello encontramos en el mandato misional, la referencia a las señales de la pasión y la conexión entre reconocimiento del Señor y comida en común.

En una mentalidad como la de la época, la experiencia que los apóstoles querían transmitir con este lenguaje podía parecer fácilmente a quienes no participaban de ella un caso más entre otros fenómenos "extraordinarios". La argumentación de Lc 24, 36-43 va dirigida contra el reproche, generalizado en Jerusalén y fuera de allí, de que los discípulos sólo habían visto un "espíritu". Expresiones como "cuando partió el pan" o "lo comió ante sus ojos", utilizadas para defender la "realidad" de la R. fueron más tarde ampliadas y transformadas bajo el influjo de otras imágenes (cf. la ampliación de Lc 24, 39 en Ignat., ad Smyrn. 3,2s).

Nuestra mentalidad actual ha de situarse en una perspectiva hermenéutica; para convencer a alguien de la verdad de una afirmación basta con que mi argumento caiga en su horizonte de comprensión. Por ejemplo, la versión que da Lucas del salmo 16,10 a propósito de la predicación de Pedro el día de Pentecostés ("pues no abandonarás mi alma al Hades, ni dejarás a tu santo experimentar la corrupción") es perfectamente aceptable para un griego como prueba escriturística de la R. de Jesús, en tanto que para un judío o para un exegeta cristiano no tiene fuerza probativa. Igualmente las afirmaciones sobre la tumba vacía fueron en el pasado aceptadas como prueba irrefutable de la R., mientras que hoy la exégesis muestra que dicha interpretación no hace justicia al texto. Así pues, cuando se trate de aportar pruebas o testimonios, siempre se ha de distinguir entre "lo que" se quiere demostrar y "cómo" se lleva a cabo la demostración.

Los evangelios fueron escritos dentro de una mentalidad en la que comúnmente no se contraargumentaba con silogismos, pues estos sólo convencen al entendimiento, sino

con narraciones que se dirigen a la totalidad de la persona. Un gráfico ejemplo es la descripción mateana del acontecimiento pascual (27,62 - 28,15).

Lucas es hijo de su época cuando, para convencer a Teófilo de la autenticidad y verdad absoluta de la enseñanza eclesial sobre la R. de Jesús, no se remite a la simple descripción de hechos neutros, sino a lo que los discípulos experimentaron el día de pascua y a su predicación sobre la vida, muerte y R. de Jesús como cumplimiento de las promesas. Los relatos pascales bien podrían llamarse "historias sobre la historia", testimonio de la experiencia histórica de la pascua en forma de historias.

Para una comprensión actual de la resurrección

Ya tempranamente los textos de Lc sobre la R. fueron sometidos a interpretación literal (introducción de la fiesta de la Ascensión en el s. III, intentos de localizar exactamente Emaús, de armonizar los datos de Lc con los de Mt...). Mas en general durante los primeros siglos los datos bíblicos no fueron comprendidos en sentido "histórico", como muestra la libertad de los hagiógrafos en su uso de tradiciones antiguas y el propio hecho de la agrupación de versiones tan dispares de la "buena nueva" en un único canon bíblico. Sólo la irrupción de la cosmovisión historicista de la modernidad ha provocado el problema de la "verdad objetiva" de las Escrituras. Ciertamente nosotros ya no podemos acercarnos a los evangelios desde una perspectiva acrítica. Pero hemos de superar el abordaje "crítico", que al fin y al cabo es sólo un aspecto de nuestra visión del mundo y de la historia, para recobrar una "ingenuidad de segundo grado". Reconociendo la especificidad de los géneros literarios de la biblia y los límites de la ciencia, que nada puede demostrar ni a favor ni en contra de la R., se nos abre el acceso a la verdad de ésta en la escucha atenta del mensaje evangélico, cuyo lugar es la asamblea eclesial, en orden a introducirnos cada vez más en la vida de la iglesia y conformar con ella nuestra propia vida. Para ello ofrecemos a continuación algunas sugerencias.

1. En los discípulos de Emaús debemos reconocernos a nosotros mismos, con nuestras esperanzas y decepciones. Como ellos, estamos ciegos y no vemos a Jesús que camina con nosotros y nos pide que le confiemos nuestras penas, pero también lo que sabemos por otros hombres que creen en Él y ante los cuales permanecemos escépticos: creemos poder hacernos un juicio exacto y personal de todo. Jesús entonces nos reprocha nuestra dureza de corazón, nos remite a la totalidad de la biblia, que anuncia el amor de Dios y su poder sobre la muerte, la salvación que ha concedido a los hombres. Asimismo, somos nosotros esos discípulos que piden a Jesús que se quede con ellos y que le reconocen en el partir el pan de la eucaristía. El nos libera para la fe en él y nos impulsa al anuncio gozoso de nuestra propia experiencia de fe, en conexión con la confesión de la comunidad eclesial entera.

2. Como ocurría en tiempos del evangelista, nuestra fe se ve impugnada. El Señor entonces nos anima a contemplar las señales de su pasión y meditar sobre su misión salvífica, sobre su vida, muerte y resurrección. Aunque nos cueste creer y la participación en la eucaristía no nos proporcione una fe tan firme como quisiéramos, ello no debe desanimarnos. Si escuchamos la palabra de Jesús, él nos enseñará no sólo el sentido de las Escrituras, sino el de nuestra propia vida, y nos enviará como testigos suyos al mundo, para que la salvación llegue a toda la humanidad. Su presencia directa

entre nosotros ya no es experimentable, pero él se nos da a conocer en el nuevo templo, la iglesia. Cada encuentro con Cristo resucitado nos ha de llevar, como a los discípulos, a adorar al Señor (Flp 2,11) y alabar a Dios en el nuevo Israel.

Tradujo y condensó: MARIA JOSE DE TORRES